

LOS SOLDADOS DE LA PAZ

Coronel
FRANCISCO GOMEZ LAVERDE
Oficial del Ejército



Cuando las grandes tragedias, en la vida de los pueblos se avecinan, las gentes sienten miedo, temor profundo de perder lo irreparable y las mentes y las almas buscan un salvador: un hombre que se sacrifique, si es necesario para defender a su pueblo, un soldado de acero.

Cuando el transcurrir de la vida, sus sombras no se quieren interpretar, el soldado no se valora de acero sino se reduce a "soldadito de azúcar", como lo denomina un columnista colombiano. Es entonces cuando los grupos se sienten valientes, capaces de capear el temporal con las velas desplegadas, sin observar la tormenta que oscurece el horizonte. El soldado sonríe y espera....

Los apátridas escondidos en las montañas, en los valles y en las ciudades preparan sus asaltos, cuando las gentes que se creen seguras, duermen. El soldado vela... sus armas están silenciosas, pero su escudo de valor y de hombría están listos para cubrir con su estatura de gigante, a su pueblo inocente del peligro que lo acecha. El soldado se prepara en silencio cuando los incautos, los que no quieren ver, se cubren con la noche, derrochan optimismo y afilan su pluma para atacar al soldado que cuida la heredad.

Pero, ¡ay!, de los caídos, si los guerrilleros o los bandidos o los terroristas los abaten o los derrotan, porque entonces los formadores del soldado fueron inferiores a esos hombres que les confiaron para la defensa de los valores patrios, es entonces cuando se afirma que los hombres con uniforme o si el, en defensa de la Patria, mueren de pie. Si sus intereses políticos, económicos y de clase están amenazados y los soldados viven, sin sacrificarse por ellos, esto es incalificable. Se supone, dicen, que el soldado debe estar preparado para su sacrificio, cuando su Patria, la de ellos, se sienta lesionada.

El terrorista, el bandolero, se esconde en sus cuevas de la montaña, cruza ríos, baja a los valles, actúa de día o de noche, dispone de armas modernas, de apoyo económico y político y le temen los que lo tienen todo y creen perderlo. Lo debe derrotar un soldado de acero, sin recursos apropiados, con hambre de comprensión de parte de quienes tanto le exigen cuando tienen miedo.

Ese soldado de acero, que se muere de pie, es el pueblo sin clases, es el holocausto que se lanza a las fauces del terror cuando se siente miedo.

Los delincuentes pretenden apoderarse del poder por las armas y crear un sistema que rompa el democrático que rige en Colombia, destruyéndolo hasta sus cimientos, como afirmaba Lenin, sin dejar piedra sobre piedra. Si el pueblo se manifiesta y quiere mantener los valores positivos de los fundamentos democráticos, no nos intimidarán las amenazas, ni nuestras gentes serán sacrificadas, tendremos la conquista de la igualdad de oportunidades para todos, trabajo para los que puedan trabajar, seguridad para quienes la necesitan, libertad civil y elevación del nivel de vida.

Tenemos problemas para el logro de las metas propuestas pero no será el desorden, el asalto, el secuestro y el crimen generalizado, la panacea en las soluciones de ellos.

Los paros permanentes que interrumpen con el sabotaje a la precaria industria, la ocupación de embajadas y templos puede que constituyan un medio de publicidad negra, pero a precio de la economía, del prestigio internacional y de alejar al inversionista. Con estas prácticas las fábricas producirán menos, los precios se elevarán en espiral y el salario perderá su poder adquisitivo.

Se critica el presupuesto para la defensa nacional, pero no se analiza que la turbación diaria del orden público en una u otras regiones del país, obliga a consumirlo, en sumas inconmensurables, como transporte de tropas, patrullajes, desgaste de vestuario, destrucción de equipos, etc. Es cómo el desorden público que estamos viviendo a nombre de una libertad que no entendemos, convierte a la maquinaria del Estado en una trituradora de billetes; alimentada con el esfuerzo de la economía privada y el precio insoportable de un régimen fiscal en ascenso tributario.

El escudo que ampara las libertades de que hablaba Roosevelt en 1941, frente a la dictadura de las mafias y del crimen organizado, es el soldado que las defiende a precio de lo único irreparable, su vida.

Seguirán muriendo los soldados de acero, hasta tanto los industriales del crimen y de la política, de cal en el foso, no desistan de su propósito de desorden y caos.

Somos partidarios de la igualdad económica y social, acompañada por la justicia, la dignidad humana, la moralidad y el trabajo, porque sin estas realidades, la democracia no será nunca sino un código de mentiras.